

Las chicas son guerreras: *Paca*

Conocí –aunque ella no lo recuerde – a **Francisca Molina Manzanares (Paca)** hace casi 30 años, cuando a finales de los ochenta iniciaba el Ayuntamiento de Lorca las Escuelas Taller, con tan buenos resultados.

Poco ha cambiado en su estructura física. Antes y ahora sigue siendo una chica delgada, fibrosa, nerviosa, de risa y sonrisa pronta, y lo que más me gusta es que conserva idéntica ilusión por su trabajo. Es una peculiaridad de las personas de este oficio: son esencialmente vocacionales. Supongo que bastante tuvo que ver Antonio García Rico, el monitor de escultura que la introdujo en este mundo.

Paca contagia optimismo desde el primer momento aunque no hable. Le observas la cara y denotas en su morfología que es una persona abierta, reflexiva, firme. Alguna arruga en la frente corrobora lo anterior, así como la línea de sus cejas. La cualidad soñadora o artística podría estar en sus ojos. La nariz avisa de sus ganas de aprender. Y por último y con ánimo de no ser demasiado exhaustivo, la boca. *Generosidad* sería el término que mejor la define.



La ilusión y su inquietud la llevaron a estudiar *Historia del Arte* en la Universidad de Murcia, pero en lugar de seguir los pasos a los que casi irremediamente se encaminan la mayoría y que no es otra que la actividad docente, apartó de su camino la posibilidad de explicar los órdenes arquitectónicos y agarró los punteros, cinceles y gubias con mano firme, esas manos que trato yo de captar con mi cámara, buscando las líneas de la vida, los canales por donde fluye la sangre. Miguel Ángel Buonarroti me inspira la búsqueda. Recuerdo cuando leía su biografía, que para aprender anatomía se deslizaba amparado en las sombras de las noches florentinas hasta los sótanos de la Facultad de Medicina de Florencia y allí, en las salas de disección exploraba cadáveres para fijar en su retina el interior del cuerpo humano que luego

veríamos en el *Miguel Ángel, la Piedad o el Moisés*. No llego a eso, ni mucho menos cuando le pido a **Paca** que pose junto a la ménsula. Ni corta ni perezosa, hace suyo aquello de que si la “montaña no va a Mahoma...”, y engancha por un “brazo” el cacho de piedra como si fuera una peladilla. Es un “mendrugo” de 40 kilos de peso. Por la facilidad en suspenderlo, me recuerda a Steve Reeves, el forzudo de las pelis de

romanos. Solo que el objeto que levantaba mi héroe de la adolescencia estaba hecho de cartón piedra.

Paca nació en la Torrecilla, me refiero que en esta pedanía lorquina de chumberas, higueras, cactus de flores increíbles y sequedad, dio sus primeros pasos. Y por aquí camina casi medio siglo después. Ágil, comprometida con su trabajo, sorteando obstáculos. La crisis, los terremotos de 2011, no le han quitado la fuerza mental, ni la física. Se lamenta, eso sí, porque es algo que advertimos los que nos movíamos en este mundo, que la gestión del dinero público de los terremotos no ha llegado como debiera a los profesionales de la construcción lorquinos. ¿Qué hacer entonces? Artesanía, escudos nobiliarios, restauración de panteones dañados precisamente por los seísmos. El caso era y es, seguir caminando.

El nombre de la empresa, PIEDRA VIVA, es algo más que una metáfora de esta “chica guerrera”.

La Torrecilla, 3 de septiembre de 2017